

## HEROIDA CUARTA.

## ARGUMENTO.

*Habiendo Teseo vencido al minotauro en el laberinto de Creta, volvió á su pátria robándose á Ariadna y Fedra, hijas del rey Minos: la segunda de estas se enamoró de Hipólito, hijo de Teseo y de la amazona Hipólita, y no atreviéndose á declararle su amor de palabra, lo hace por escrito, insinuándose con delicadeza, y disculpando su arrojó con la fatalidad que parece anexa á su familia. Lo exhorta á que corresponda á su amor, templando la dureza que le daba el ejercicio de la caza, en que se ocupaba esclusivamente, y le dice que no tema á su padre, alegando el poco afecto que este le profesaba, de lo cual le espone varias pruebas.*

## FEDRA

## HIPÓLITO.

Fedra, jóven cretense, al amasonio  
 Hipólito salud, ausente envias;  
 Salud de que sin duda careciera  
 Si tú no se la dieras á ella misma.

No omitas hasta el fin renglon alguno  
 En la lectura de estas breves líneas:  
 ¿qué daño te ha de hacer? tal vez en ella  
 Algó hallarás, que de placer te sirva.

Bien sabes que en las cartas los secretos  
 De importancia mayor se depositan;  
 Y hasta los enemigos ven las cartas  
 Que tal vez los contrarios les envían.

Tres veces quise hablarte, y otras tantas  
 La lengua inmóvil se negó remisa  
 A prestarme su auxilio, y en el labio  
 Se ahogó la voz que proferir quería.

Mas ya que el mismo amor, pudor exige,  
 Lo que el labio rehusó, la pluma diga:  
 Que las cosas, que dichas avergüenzan,  
 Manda el amor que sin hablar se escriban.

Y advierte que tal vez es peligroso  
 Las cosas despreciar que el amor dicta,  
 Cuando hasta en las deidades soberanas  
 Su imperio estiende y su poder domina.

Yo pues, al escribirte vacilaba;  
 Díjome empero amor „¿por qué vacilas?  
 Escribe, y lo verás rendirse luego,  
 Por mas que en duro bronce el pecho ciña.”

¡Hágalo el ciego dios! y cual abrasa  
 En vivo fuego las entrañas mias,  
 Hiera tambien las tuyas, y las torne  
 A mis desvelos y anhelar propicias.

No romperé jamás con negro crimen  
 Los dulces lazos con que amor me liga,  
 Pues quiero conservar mi antigua fama,  
 Que bien sabrás cual es, si lo averiguas.

Cuanto mas tarde amor hirió mi pecho,  
 Con tanto mas rigor me martiriza,  
 Pues me abraso, y resisto, y mas me abraso,  
 Y es incurable ya tan honda herida.

Cual al novillo tierno el primer yugo  
 La cerviz no domada mas lastima,  
 Y cual el potro de manada libre  
 Sufre apenas el freno que lo humilla:

Así á mi pecho nunca enamorado,  
 Es el primer amor que lo domina,  
 Y apenas sufre la pesada carga  
 De la llama de amor no conocida.

En arte dócil el amor se torna  
 Cuando en la tierna juventud principia;  
 Mas cuando viene tarde ¡ay! ¡cual destróza  
 El inesperto pecho do se anida!

Tú que antes que otro, Hipólito, encendiste  
 En mi seno la llama que lo agita,  
 Serás mi amor primero, y ambos juntos  
 Probaremos á un tiempo sus heridas.

Que es dulce cosa de árbol abundoso  
 El primero cortar la no cogida  
 Fruta; y es dulce cosa en los rosales  
 Coger la rosa que primero brilla.

Y bien puedo llamar amor primero  
 Al que en mi pecho se encendió á tu vista;  
 Pues si no desdeñé de otro el cariño,  
 Fue obligacion en mí, mas no caricia.

¡O cuanto me complazco en que tú seas  
 Quien lleve de mi afecto las primicias!  
 Pues siendo tú de mi cariño objeto  
 Nadie podrá llamar mi llama indigna.

Si á su esposo tal vez para mi amante  
 Me quisiera ceder Juno divina,  
 Entre Hipólito y Jove, no lo dudes,  
 A Hipólito, y no á Jove, escogeria.

Apenas lo crearás; mas ya la caza,  
 Viéndote siempre en ella, es mi delicia,  
 Y ya, cual tú, quisiera, aunque inesperta,  
 Tras las fieras correr y perseguirlas.

Ya es mi deidad la cazadora Delia,  
 Insigne por sus armas y pericia:  
 Mi primera deidad, pues es la tuya,  
 Puesto que mi aficion la tuya imita.

Agrádame en los bosques internarme,  
 Y avivar á los perros á que sigan  
 A los venados por los altos montes,  
 Las redes de antemano prevenidas;

Agrádame, blandir con firme brazo,  
 El trémulo venablo que se vibra,  
 O reclinar el fatigado cuerpo  
 Sobre la verde yerba florecida:

Dirigir otras veces en la arena  
 El carro volador es mi delicia,  
 Rigiendo con el freno á los bridones,  
 Que cual exhalacion se precipitan.

Ora corro furiosa, cual bacante  
 Perturbada del estro que la agita,  
 O cual sacerdotiza de Cibeles  
 Cuando el tímpano suena en el monte Ida.

Ora voy como aquellas infelices  
 Que inspiradas del numen de las Drias,  
 O de bicornes Faunos, se enfurecen  
 Y atónitas do quier corren perdidas.

Que todas estas cosas me refieren  
 Despues que mis furores se mitigan;  
 Y es que el callado amor arde en mi pecho,  
 Y á tales cosas su furor me incita.

Tal vez este furor en mis amores  
 Patrimonio es fatal de mi familia,  
 Y acaso Venus mi linage todo  
 Este tributo quiere que la rinda.

Júpiter amó á Europa; jóven bella,  
 (Primer origen de la sangre mia)  
 Tan ciego, que de un toro en la figura  
 Ocultó su deidad y sus intrigas.

Mi madre Pasifae, mas furiosa  
 De otro toro al amor quedó rendida,  
 Y dando á luz al fiero Minotauro,  
 Negar no pudo su pasion inicua.

Ariadna mi hermana amó á Teseo  
 Que con el hilo que le dió por guia,  
 Dando muerte á mi hermano, del torcido  
 Laberinto logró salir con vida,

Tambien adoro yo, porque no acaso  
 Se juzgue que no soy de Minos hija,  
 Sujetándome la última á la estrella  
 Que en mi infelice casa predomina.

Tambien con doble lazo el hado quiso  
 Enlazar á tu casa con la mia:  
 Decidida mi hermana amó á Teseo,  
 Yo al hijo de Teseo amo rendida.

Hipólito y Teseo que supieron  
 Inspirarnos de amor la llama activa,  
 Bien pueden en su casa, de la nuestra  
 Dos victorias contar, en dos cautivas.

¡Oh! ¡si cuando vosotros principiabais  
 Los misterios de Ceres cleusina,  
 Lejos de vuestra pátria seductora  
 Me hallára yo de Creta allá en los climas!

Entonces ¡ay! entonces como nunca  
 Me arrebató tu hermosa gallardía,  
 Y si antes te adoraba, entonces ¡cielos!  
 Tornáronse incurables mis heridas.

Cándida era tu veste, y frescas rosas  
 Las juveniles sienes te ceñían,  
 Brillando hermosas tus megillas albas  
 En ruborosa púrpura teñidas.

Tu rostro varonil, que algunas otras  
 Rígido y truculento denominan,  
 A los ojos de Fedra solamente  
 Valiente y vigoroso parecía.

Lejos de mí los jóvenes que vanos  
 Con lúbricos adornos se afeminan,  
 Que el varonil y vigoroso aspecto  
 Con moderado adorno solo brilla.

Esa noble fiereza en tus miradas,  
 Ese pelo que el arte no cautiva,  
 Y hasta el polvillo que tu rostro lleva  
 Tu persona gentil hacen mas digna.

Si del fuerte bridon el cuello indócil  
 Con destreza recoges, ó declinas,  
 El revolver me agrada de los cascos  
 En estension tan breve y reducida.

O si el asta bruñida y ponderosa  
 Con brazo diestro y esforzado vibras,  
 Mis ojos arrebatada de tu brazo  
 La gallarda destreza y valentía.

O si el venablo empuñas acerado,  
 Cuando herir á las fieras determinas,  
 El venablo, y en fin cuanto ejecutas  
 Todo me da placer, todo me admira.

Quisiera solo que en las duras selvas  
 Esa dureza que en mi daño abrigas  
 Dejáras de una vez, pues no merezco  
 Que tu rigor acabe con mi vida.

¿De qué sirve á Diana eternamente  
Seguir en fatigosa cacería,  
A Venus, usurpando el dulce tiempo  
Que tal vez dedicarla deberías?

No puede durar mucho el ejercicio  
Que carece de blanda alternativa,  
Que el descanso las fuerzas corrobora,  
Y al fatigado cuerpo vigoriza.

Si el arco (y tú debieras de Diana  
Las armas imitar si á ella la imitas)  
Está tirante siempre, al fin se afloja,  
Y aflojado una vez, se inutiliza.

Era famoso Céfalo en las selvas,  
Que también á las fieras perseguía,  
Y muchas de ellas en la verde grama  
Miráras á sus pies quedar tendidas:

Mas no por eso desdeñaba ingrato  
Del Aurora el amor y las caricias;  
Antes con tierno amor la diva hermosa  
Era del cazador siempre acogida.

Mil veces á la diosa de Citeres  
Y al bello Adonis, hijo de Cinira,  
Gran cazador, la yerba blando asiento  
Bajo la sombra dió de las encinas.

Meleagro igualmente ardió en la llama  
Que encendido Atalanta en él había;  
Y ella el despojo tuvo de una fiera,  
Cual prenda del amor bien espresiva.

Aumentemos por fin también nosotros  
Esta turba de amantes escogida;  
Que si á Venus escluyes de los bosques  
Rústica y despreciable es la campiña.

Hazme tu compañera en tu ejercicio,  
Y verás que á tu lado siempre fija,  
Ni el colmillado javalí me aterra,  
Ni los duros peñascos me intimidan.

Do el istmo de Corinto inquietas bañan  
Las aguas de dos mares divididas,  
Cuyo terreno angosto y reducido  
Al uno y otro mar oye y registra;

Allí contigo habitaré gustosa  
De tu abuelo Pitheo en las provincias,  
Pues Trezena tu pátria, ciertamente  
Me es ya mas grata que la pátria mia.

Si á tu padre Teseo acaso temes,  
A gran distancia de Trezena habita,  
Y siempre habitará, pues lo detiene  
De Piritóo la amistad antigua.

Antepuso Teseo al ausentarse  
(Si no negamos cosas conocidas)  
Al amor y asistencia que te debe,  
De Piritóo el lado y compañía.

Y si he de hablar verdad, no es esta sola  
La injuria con que así nos desobliga,  
Que en cosas muy mas graves á uno y otro  
El ingrato Teseo nos lastima.

Con su clava nudosa él á mi hermano  
En sanguinosa lid quitó la vida;  
Y abandonó á mi hermana en un desierto,  
Hecha presa de fieras homicidas.

Hipólita, guerrera valerosa,  
Entre las amazonas distinguida,  
A quien por dicha la existencia debes,  
De un hijo como tú, fue madre digna.

Si donde está, preguntas, ya Teseo  
Hundió en su seno su feroz cuchilla,  
Sin que arrancarla á su furor bastase  
La atencion que por tí se la debía.

Y por mas agraviarte nunca quiso  
A su persona como esposa unirla,  
Sin duda porque así, siendo bastardo,  
No heredases el cetro que regia.

Y en fin, si te estimára, de otra madre  
Hermanos no te diera su perfidia:  
Hermanos que en tu daño solamente  
El por su voluntad educa y cria.

¡Oh! ¡si la triste madre en quien los tuvo,  
Con detrimento tuyo, seducida,  
Inocente espirára antes que necia  
Se rindiese del falso á las caricias!

Y á vista de tu daño y sus acciones  
 ¿Temerás á Teseo todavía?  
 El huye, como ves, de tu presencia,  
 Y con vil proceder te perjudica.

Apresúrate pues, y en lazo eterno  
 Unamos para siempre nuestras dichas,  
 ¡Así el amor, que crudo me destroza,  
 Jamás te haga probar su tiranía!

No me desdeño ya de suplicarte  
 Tu piedad implorando, á tí rendida.  
 ¡Infelice de mí! ¿dónde se han ido  
 Mi orgulloso desden y altanería?

De vencer mi pasión y no rendirme  
 Al ciego amor que así me tiraniza,  
 ¡O cuan segura estaba! ¿pero cómo  
 Seguridad en el amor cabría?

Hija soy de un monarca; mas con todo  
 Vencida imploro tu piedad benigna:  
 Me degradado, es verdad; ¿pero qué amante  
 Ciego de amores su deber no olvida?

Huyó de mí el pudor, desamparando  
 Cual soldado cobarde sus insignias.  
 Perdona á quien culpada se confiesa,  
 Y ablanda ese rigor con que me miras.

¿Qué me sirve, si no, que Minos sea  
 Mi padre, y que tan vasto imperio rijas?  
 ¿Qué me sirve tener por bisabuelo,  
 Al que los rayos del Olimpo envía?

(abuelo,  
 ¿Qué me aprovecha en fin que el sol mi  
 Velada en viva luz su faz divina,  
 En rubicundo carro conducido  
 Dé su dulce calor al claro día?

Todo cedió al amor: duélase al menos  
 De mis progenitores tu hidalguía;  
 Y si yo compasión de tí no alcanzo,  
 Mis mayores al menos la consigan.

La populosa Creta, isla de Jove,  
 Con sus dominios es la dote mía;  
 Y yo quiero que Creta y sus dominios  
 A mi querido Hipólito se rindan.



Cede al amor en fin: ¿mi madre pudo  
Una fiera rendir á sus caricias,  
¿Y tú así me desoyes? ¿tus entrañas  
Mas que de fiera son endurecidas?

Ten de mí compasion: ¡por la gran Venus,  
Que vive en mí, mi amor te lo suplica!  
Así la que tú adores, nunca pueda  
A tu rendido amor mostrarse esquiva.

Así en los bosques escabrosos, Delia  
Agil en tu favor siempre te asista,  
Y el alta selva fieras te produzca  
Que pueda perseguir tu valentía.

Así á los faunos, sátiros y todas  
Las deidades del monte halles propicias;  
Y traspasado con tu lanza el pecho,  
El fiero javalí caiga y se rinda.

Y así las ninfas bellas (aunque todos  
Dicen que desdeñoso las esquivas)  
Para apagar tu sed en los calores,  
Agua te ofrezcan trasparente y fria.

Y por si no bastaren tantos ruegos,  
A los ruegos las lágrimas se sigan;  
Y cual ves mis renglones, haz de cuenta  
Que ves correr el llanto en mis mejillas.

